



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13667

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas. - Tres meses, 4'50 id. - EXTRANJERO: Tres meses, 10' id. - La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes. - La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

JUEVES 13 DE FEBRERO DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Ofertas póstales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

LO DE MARRUECOS

Háblase de proyectos del Gobierno relacionados con la actual situación de Marruecos. Realmente, es cosa de pensar el asunto. Dejemos a un lado toda idea de engrandecimiento, de inmediata colonización, que debemos empezar por casa, y de miras civilizadoras, mientras el maestro sea para nosotros símbolo de miseria. Aparte, también de la mente nobles fantasías, como aquella de un ilustre cronista que ve en el perezoso marroquí, en el fanático berebere, las aspiraciones del activismo é inquieto japonés, cuya religión no estorba al progreso, y sueña con un Marruecos, que pudiera ser el Japón del Africa.

Cifámonos a la realidad. Con gran acierto deja el Sr. Maura que quien ha precipitado los acontecimientos con miras interesadas, saque las castañas del fuego, mientras nosotros permanecemos en actitud expectante.

El plan es ponderoso. Mas para ser hábil, es necesario que tenga un complemento. ¿Esta actitud va a durar toda la vida? ¿Se ha de focarse en acción alguna vez, en qué ha de consistir esta acción? ¿En qué momento debe operarse un cambio en nuestra actitud?

A mi juicio se impone una orientación atemperada a las circunstancias. A nadie puede caber duda que España debe reivindicar derechos reconocidos, que necesita evitar que el movimiento comercial huya de la plaza de Melilla, y que en las cercanías de Tetuán triunfe el banditaje, con desdoro para nosotros ante las potencias y ante las clases superiores de Marruecos, que confundirán nuestro tacto con la impotencia.

Bien está la prudencia. Hemos de jado que Francia se comprometiese en su aventura, que sobre ella cargasen los odios y las fuerzas marroquíes. ¿Para qué lo hemos hecho? ¿Para contemplar el espectáculo como pudiera hacerlo Suecia, que no tiene vecindad ni plazas en Marruecos? Francia, que aspira a la gran tajada, carga ya con el mayor trabajo. Los marroquíes están ya habituados a la intervención, y sólo ven su peligro en nuestra alianza. Admiran y aun se sonríen ante nuestra discreción. No pueden lanzar contra nosotros sus iras porque ejerzamos nuestros modestos derechos en esta ocasión.

Si en un plazo prudencial no tomamos medidas de acción modesta, pero firme ¿para cuándo dejamos nuestros propósitos? ¿Para cuando Hafid sea reconocido, cuando se desmembre la porción de Marruecos, no independiente de hecho, en varios sultanatos reconocidos explícita ó tácitamente por Europa, bajo la hegemonía de Francia? Sean esas ó otras las soluciones que ocurran, si ahora no intervenimos, menos la heremos entonces, renovando alarmas y protestas, sin nada que nos escuche. Y no hablo del caso de ser atacados, porque entonces será la necesidad, no la previsión quien nos ponga en movimiento.

Por dignidad nacional que no por su real eficacia, hemos presupuesto 200 millones para crear una Marina modestísima. ¿No se juega igualmente en Mar Chica y en los límites de Ceuta nuestra dignidad y nuestros intereses? ¿Serán Melilla y Ceuta dos piedras funerarias, testimonio tan sólo de pasadas grandezas? En ese caso son demasiado caras y comprometedoras.

Una política exclusivamente defensiva puede cerrarnos todo porvenir económico y moral en Marruecos. La actividad no está reñida con el tacto. La sagacidad no es sinónima de nir-

vana. Francia atrae ya sobre sí el empuje de las hordas marroquíes tal como podíamos desear, y nos deja un campo no grande, pero por ahora, poco peligroso. ¿Quién sabe si tomando pretexto de nuestra pasividad llegará a imposibilitar la realización de nuestras casi legendarias aspiraciones, y á convertir en ridículo nuestro papel de mandatarios de Europa!

UNA ANÉCDOTA DE GARRICK

El eminente actor inglés David Garrick, que nació en Londres en 1779, poseía maravillosas aptitudes de imitación. Le bastaba fijarse algunos momentos en un individuo y oírle hablar para copiar inmediatamente su gesto, ademanes, voz, etc. con tal propiedad que era un asombro.

Cuéntase de él que habiendo ido á la Corte de Versalles (1773), el duque de Aumont le colocó en una galería por donde iba á pasar Luis XV para ir á misa. Aquella noche, los admiradores del famoso actor le obsequiaron con un banquete, y para distraer á sus amigos, terminada la cena salió del salón Garrick y volvió á los pocos minutos, trayendo otra cara y otro traje. Todos gritaron al verle: ¡El Rey! ¡Es el Rey!

En otra ocasión, habiendo muerto el ilustre novelista inglés Fielding sin haber dejado retrato alguno suyo, Garrick tomó su aspecto, caracterizándole con tal exactitud, que el pintor Hogarth pudo tomar en aquel ficticio modelo las facciones del escritor, haciendo el único retrato que hoy se conserva del autor «Tom Jones».

Cuando se emplean bien el talento y las aptitudes, pueden hacerse muchos beneficios, como lo demuestra la siguiente anécdota de Garrick, digna de ser conocida.

Pasaba cierta noche por una calle de Londres, cuando se encontró á un muchacho como de veinte años, á quien conocía por haberlo visto varias veces con su padre en un establecimiento de bebidas que frecuentaba.

El joven lloraba con el mayor desconsuelo, y enternecido Garrick le preguntó por la causa de su pena.

—¡Ay señor! —le contestó.—Ayer enterraron á mi pobre padre y me hallo solo en el mundo. Pero no acaba ahí mi desgracia...

—Pues ¿qué más te sucede?

—Me sucede que el pilla de Fleetfrey el posadero, ha robado á mi padre toda su hacienda.

—Cuenta, cuenta cómo ha sido eso.

—Hace ocho días mi padre vendió la casita donde vivíamos, y luego se marchó á Holyead, donde también vendió dos caballos, una mula y un carro entoldado muy bueno. De regreso á Londres fue á parar á la posada de Fleetfrey, donde me había citado; pero allí se puso de repente tan enfermo que falleció á las dos horas. ¡Cuando acudí era ya cadáver!

—¿Y bien?

—Al preguntar yo á Fleetfrey por el dinero que indudablemente llevaría mi padre en su bolsa de cuero, el miserable me lo negó... ¡Por mi salvación, señor David, que lo tiene él! Pero como no hay testigos... he perdido toda esperanza de recuperarlo.

Garrick se quedó pensativo breves momentos.

—¡Era toda nuestra fortuna! —continuó el pobre mozo, llorando á lágrima viva.—Con ello contaba mi padre para trasladarnos á Irlanda y emprender allí un lucrativo negocio.

—¿Conservas el traje que llevaba tu padre cuando murió? preguntó Garrick.

—Sí, señor.

Bien, pues vamos á tu alojamiento y entrégame todas esas prendas.

Aquella misma noche, á punto de las doce, sonaron fuertes portazos á la puerta de la posada de Fleetfrey.

Los ladrones no tienen nunca la conciencia tranquila, y Fleetfrey, desde que cometió el infame despojo, se imaginaba tener siempre delante el cadáver del robado, que venía á exigirle la devolución del dinero.

¡Cálculése cual sería su terror cuando al abrir la puerta, creyó reconocer inmediatamente las mismas facciones, el cuerpo mismo de aquel espectro acusador cuyos contornos veía á todas horas en su imaginación!...

—Buenas noches, querido Fleetfrey —exclamó Garrick imitando perfectamente la voz y las maneras del difunto.—Ya me tiene usted de vuelta. ¿Qué tal por aquí?

—Bien... —contestó el posadero, que se figura ser presa de una horrible pesadilla.

—¡Me alegro! ¡Vaya, pues esta noche no me quedo á dormir! Tengo que ponerme en camino inmediatamente para Holyead, donde me embarcaré para Irlanda... Con que... ¡venga la bolsa de cuero con la cantidad que le dejé en depósito!

—Sí... sí, señor —farfulló el tufante que apenas podía sostenerse sobre sus piernas.

—¡Vamos, de prisa!

Fleetfrey hizo un esfuerzo, y tambaleándose, como si estuviera ébrio, subió á su cuarto, volviendo á poco rato con la bolsa que entregó á Garrick.

—¿Está completo?

—No... falta... uu... solo... penique...

—Bueno. ¡Adiós! exclamó Garrick. Pero antes de alejarse, ¡satisfecho de lo bien que le había salido la treta, para atemorizar á aquel bribón, cambió de sistema diciéndole con voz avernosa:—¡Miserable, reza por mi Padre nuestro...! ¿Ves este dinero? Pues la mitad de él está destinado á decir misas por mi eterna salvación.

Fleetfrey cayó de rodillas.

El pobre mozo no daba crédito á sus ojos cuando Garrick puso en su manos la bolsa con el dinero.

Fleetfrey creyó desde entonces en las apariciones de las almas en pena é hizo cuanto pudo por ser hombre honrado. Así pues, el ingenioso y ca-

En el Album de la señorita M. A.

Yo quiero ser á modo de un guajiro que vive en el fondo de un bosque, con alguien que alegre su retiro y domase su espíritu salvaje.

De este modo, al partir en la mañana, con mi machete, la criolla mía saldrá á despedirme á la ventanilla ó á decirme:—No partas todavía...

Y si mi afán vacila, mi fe escolla y mi espíritu ceja en la montaña, me moriré besando á mi criolla con besos dulces como miel de caña.

JOSE SANTOS CHOCANO.

ritativo rasgo del actor produjo dos bienes.

RAMIRO BLANCO.

PENSAMIENTOS

I.

La Naturaleza es la gran maestra del hombre. En estudiar las lecciones que nos da en la forma más sugestiva, en imitarla, en secundar su acción, se basan todos los éxitos del forestal. Cuando los pueblos desatienden sus enseñanzas y trastornan el orden establecido por quien le impuso las sabias leyes á que obedece, se arruinan, arruinando el país; cuando coadyuvan á su acción, prosperan y se enriquecen, acrecentando su salud y vigor.

II.

Para conmemorar los acontecimientos que os lleguen al alma, elevad á cada uno de ellos un monumento, es decir plantad un árbol, monumento más bello y de estructura más admirable que los contruidos de mármoles y bronce, llevándoos la gran ventaja de tener vida. Si aquellos se consideran eternos, con la pasajera eternidad de todo terreno, el vuestro también, pues, sabrá reproducirse.

III.

Plantar un árbol es realizar un acto de fé, de esperanza y de amor al prójimo, y aún de caridad, si al plantarlo pensais en Dios. Entonces vuestro árbol será oración viva y recibiréis por ello abundantes frutos de bendición.

R. CODORNÍU.

BOLSA DE MADRID

Últimas impresiones

De nuestro servicio especial

A no ser por el poco negocio que aún se hace en valores industriales, podría cerrarse la Bolsa sin que nadie se diera por enterado de la clausura; á tal extremo llega la paralización y falta absoluta de transacciones en casi todos los corros y muy especialmente en los de fondos del Estado.

Para demostrarlo bastará decir que á las tres y media de la tarde se había hecho una sola operación en Interior fin de mes á 82,37. El Contado, tan firme como siempre, publicase en partido á 82,35 y á 84,20 en títulos pequeños. El Amortizable solo cotiza series pequeñas, á 101,80.

En Banco de España no se hace nada; el Hipotecario sostiene el cambio de 221,50; el Hispano mejora el suyo en 0,25 por 100, cotizándose á 149, y el Español del Río de la Plata pasa de 422,50 á 425 pesetas. En París abre á 363 francos y cierra á 365.

Tabacos, á 406, en pequeñas cantidades.

Hornos, á 272 y Resineras, á 140 dinero, sin operaciones.

Más animadas las Azucareras se negocian las Preferentes, á 104 y las Ordinarias, á 45,50. Francos, en alza, á pesar de la intervención oficial: abren á 115, suben á 115,15 cierran á 115,10. Las libras se hacen de 28,04 á 28,98, quedando á 28,97. El corro se halla desorientado, pero la especulación procura defender sus posiciones.

LA VISITA MARAVILLOSA 89

— Comer, y vestirme y tener este tepho sobre mi cabeza. Hay algunas otras cosas desagradables en este mundo, como el frío y la lluvia. Y mis próximos más inmediatos (sería muy largo el contar cómo y por qué), han hecho de mi una especie de complemento de sus vidas. Me traen sus niños acongozados, y yo he de pronunciar un nombre y algunas otras cosas sobre cada acongozado niño llegan á ser doncellas y mancebos, vienen de nuevo á mí, y yo los confirmo. Más tarde comprenderá usted todo esto. Después, y antes de que puedan reunirse en parejas y tener niños acongozados, vienen á mí otra vez, y me escuchan lo que les leo en un libro. Serían rechazados por sus semejantes, y ninguna doncella se dignaría dirigirle la palabra á otra doncella, que tuviese un niño acongozado, sin que yo hubiese leído delante de ella mi libro, por espacio de veinte minutos. Es una cosa indispensable, como usted ve. Por muy raro que le parezca. Y después, cuando se caen á pedazos, les hablo y les persuado de la existencia de un mundo extraño, en el que apenas si yo creo, donde la vida es enteramente distinta de la que han tenido... ó deseado. Y finalmente, les entiendo, y leo mi libro á los que muy pronto les seguirán al país desconocido. Me encuentro en el principio, en el émit, y al final de sus vidas. Y cada siete días, yo, que soy un hombre como ellos, yo, que no veo más allá de lo que